

XVIII.

En el que termina la materia de que se trata en el anterior.

OMISIONO el Consejo al cardenal de Aragon, y al conde de Peñaranda para comunicar al padre Nitardo la orden de destierro.

Dirijiéronse ambos para el colejio de los jesuitas y llamaron á la celda del padre.

Abrióse esta y los dos consejeros se encontraron frente á frente con el que habia sido su enemigo y á quien miraban en aquellos momentos sumido en el mayor infortunio.

Pero aquellos eran tres corazones grandes, y ni los unos sintieron el menor movimiento de alegría, ni el otro el mas lijero soplo de rencor.

A la vista de aquel aposento desnudo y pobre, que revelaba la probidad del gran valido, contemplando aquella frente serena en donde casi se veian cruzar los pensamientos, el cardenal de Aragon y el marqués de Peñaranda sintieron un involuntario respeto.

Como la reina no le habia despojado de sus honores, le dieron aún el tratamiento.

—Sentimos demasiado—dijo el de Peñaranda—ser portadores de tan funestas nuevas para V. E.

—¿Qué hay, pues?

—Lea V. E. este decreto.

El padre tomó el papel y leyó la orden de su destierro con tanta serenidad que ni una sola línea se contrajo en su rostro.

—Su Majestad—agregó el cardenal—no hace esto sino con muy gran sentimiento, y obligada por la necesidad, y para evitar que el pueblo irritado cometa un crimen con V. E.

—Hágase la voluntad de Dios y la de S. M.—contestó el padre—los bienes de la vida caducos son y perecederos, y solo el impío puede apegarse á ellos; pronto estoy á partir.

—Si V. E. no lo toma á mal—dijo el cardenal de Aragon—y mas bien como prueba de mi cariño y respeto, me atrevo á ofrecer á V. E. mil doblones para gastos de su viaje.

—Y yo con la misma salvedad—agregó el de Peñaranda—una letra de cambio de 30,000 escudos.

Al escuchar aquellos jenerosos ofrecimientos, los ojos del padre se llenaron de lágrimas, y tendiendo sus manos á los que habiendo sido sus enemigos le trataban como un hermano en aquellas terribles circunstancias, exclamó:

—Oh! gracias, gracias; jamás olvidaré que España es la patria de corazones tan grandes: pobre religioso he venido á Madrid, y pobre religioso quiero salir: esta noche partiré.

—Estaremos aquí para acompañar á V. E.—dijo el de Peñaranda.

Y los dos, conmovidos profundamente, salieron de la estancia.

Aquella noche el cardenal volvió en su carroza al colejio acompañado del marqués.

El padre Nitardo les esperaba ya.

—Vamos—dijo alegremente al verles.

—¿Y los equipajes de V. E.? preguntó el de Peñaranda.

—Mi breviario y mi manteo—contestó sonriéndose el ministro—*omnia meam mecoun porto*.

Todas las calles estaban llenas de gente que esperaba la salida del confesor.

Apenas lograron alcanzarle á ver, cuando comenzaron á lanzar contra él terribles imprecaciones acompañadas de una verdadera lluvia de piedras.

Entonces los ministros de la Inquisicion se agregaron á la comitiva y procuraron, en union del marqués y el cardenal, defender al confesor de la reina.

Aquel hombre, que apenas hacia tres dias era el árbitro de la monarquía; que veia á todos saludarle humildemente y temblar en su presencia, se miraba insultado y despreciado por los mas viles de sus aduladores, y no tenia ya segura ni la existencia misma.

Los gritos y las piedras seguian, y el padre con una sonrisa triste exclamaba:

—Ya me voy; ya me voy: adios, hijos míos.

Así atravesaron las calles, y así salieron de Madrid y se dirijieron á Fuencarral.

La reina escuchaba desde su cámara los gritos y las injurias que le decian en la plaza.

Lloraba algunas veces, y otras se mostraba serena.

D^a Eujenia y D^a Inés la acompañaban en aquellas horas de tribulacion.

D. Fernando de Valenzuela mudo y sombrío, esperaba lo en una de las antecámaras de la reina.

Palacio y la corte parecian vestir de luto por la partida del favorito.

De repente Valenzuela, que estaba profundamente distraido, oyó que le llamaban.

Alzó el rostro y se encontró con D^a Inés.

—¡D^a Inés!—esclamó.

—Sí, D. Fernando; yo misma que no olvido vuestras promesas; el padre Nitardo ha salido de la corte; nada os liga ya á Madrid, yo conseguiré para vos el empleo que os he prometido y partiremos los dos, pero solos, ¿lo ois?

—¡Señora!

—Acordaos de que así me lo habeis ofrecido.

—¿Y D^a Eujenia, mi esposa?

—Valenzuela, no digais eso delante de mí; sé que no podeis amarla: vuestro carácter impetuoso, vuestra imaginacion viva, vuestro corazon ardiente no pueden de ninguna manera encenderse en una pasion por una mujer tan fria, cón un corazon y un temperamento de hielo; vos necesitais amar á una mujer entusiasta, fogosa, y la mujer que necesita vuestro amor soy yo, yo que os adoro cón delirio: ¿es cierto, D. Fernando?

—Sí, D^a Inés—contestó Valenzuela sin poder resistir á la fascinacion que aquella mujer ejercia sobre él.

—Bien, llegó el tiempo: yo conseguiré de la reina el empleo para vos, y la aconsejaré que no permita que D^a Eujenia se separe de ella, y lo alcanzaré.

—Haced lo que querais, D^a Inés, y no dudo que lo conseguireis, como habeis conseguido que yo tenga por vos una pasion terrible que me abrasa, que me devora.

—¡Ah! ¡ah! así os quiero ver; qué hermoso estais así.

—Y vos, ¡qué encantadora!

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

D^a Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore. . . . aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible. . . . ¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

EL DUENDE DE PALACIO.

I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.



LEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á D^a María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no